

## Envolver el mundo en letra impresa

JOSÉ ANTONIO VIDAL-QUADRAS

*Profesor honorario de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra*

Recuerdo que hace unos cincuenta años oí decir a San Josemaría que debíamos «envolver el mundo en letra impresa». Yo era un alevín de periodista lleno de ideales y esa frase me entusiasmó. Los periodistas con verdaderas ganas de hacer las cosas bien seríamos cada vez más y contribuiríamos efectivamente a construir un mundo más justo, una sociedad más sana, una civilización nueva y cristiana de verdad.

En los siguientes treinta años trabajé llenando páginas de letra impresa, y conocí bien la profesión. Traté con muchos periodistas, en mayor o menor medida con mis mismos ideales, y peleamos las mismas batallas en tantos asuntos de actualidad como los coletazos del comunismo, las falsas teologías, el llamado «boom» de la población, el aborto, la secularización rampante, etc., etc., etc., y me daba cuenta de que éramos muy pocos para envolver el mundo en letra impresa, en comparación con los cientos o miles de grandes periódicos, emisoras, productoras de cine, de televisión, que en todo el mundo difundían ideas y costumbres contrarias a lo que pedían Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II. Éramos gotas de agua en medio del océano. Sin embargo, esta realidad no nos frenó, ni a mí ni a los demás, porque sabíamos que la fe mueve montañas y que nada es imposible para Dios.

Un día, a orillas del Mar de Tiberíades caí en la cuenta de que mucho menos numerosos que nosotros eran los apóstoles, ¡sólo doce!, además pertenecientes a un pueblo insignificante entre los pueblos de la Tierra, el judío, y en un país tan pequeño como Palestina. Sin embargo, en contraste con tanta pequeñez,

aquella diminuta semilla sembrada por Jesucristo había transformado el mundo entonces conocido, siglo a siglo siguió transformándolo, y ahora los sucesores de aquellos doce, los obispos, son unos cuatro mil. Y los bautizados nos contamos por millones.

En la orilla del Lago de Genesaret advertí que el tamaño no cuenta en las cosas de Dios. Creó al hombre en un pequeño planeta, de una galaxia entre las miles, que giran por la inmensidad del Universo. Sabía por la Biblia que, para educar a la humanidad entera, el Creador empezó escogiendo a un sólo hombre, entre millones, a nuestro padre Abraham, y le dio un pueblo reducido y pobre al que fue enseñando la Sabiduría. Finalmente, Dios mismo, el Verbo, se hizo hombre en el seno de una desconocida Virgen en un pueblo de la minúscula Galilea. Y su Buena Noticia se oye por todo el planeta.

Sin embargo han pasado dos mil años y las estadísticas mundiales pueden hundirnos en el pesimismo. Los de la letra impresa seguimos siendo pocos y envolvemos poco. Cada vez hay más trigo, pero también más cizaña ...

San Josemaría contó lo siguiente en la fiesta de Pentecostés de 1969: «Un día un amigo de buen corazón, pero que no tenía fe, me dijo mientras señalaba un mapamundi: 'mire, de norte a sur, y de este a oeste'. '¿Qué quieres que mire?', le pregunté. Su respuesta fue: 'el fracaso de Cristo. Tantos siglos, procurando meter en la vida de los hombres su doctrina, y vea los resultados'. Me llené, en un primer momento, de tristeza: es un gran dolor, en efecto, considerar que son muchos los que aún no conocen al Señor y que, entre los que le conocen, son muchos también los que viven como si no lo conocieran».

Continuaba recordando: «Pero esa sensación duró sólo un instante, para dejar paso al amor y al agradecimiento, porque Jesús ha querido hacer a cada hombre cooperador libre de su obra redentora. No ha fracasado: su doctrina y su vida están fecundando continuamente el mundo. La redención, por Él realizada, es suficiente y sobreabundante». Y recordaba que «no se ha hecho más corta la mano de Dios», y cómo «la fe nos recuerda que el Señor obra constantemente».

Muy decisiva, muy esencial ha de ser la libertad de cada persona para que el Creador deje depender de ella la evolución de la historia. Sin duda por eso, San Josemaría difundió constantemente y defendió con tanta fuerza «la libertad de los hijos de Dios», la que nos eleva por encima de las criaturas inanimadas. Aprendí de él que se trata de la libertad-responsabilidad que nos permite merecer la felicidad eterna al entrar en la vida misma de Dios.

Y también por esa razón fue tan optimista al subrayar la necesidad de vivir y propagar la vocación universal a la santidad –una meta aparentemente utópica como la de envolver el mundo en letra impresa–, porque la obra redentora de Jesucristo está fecundando continuamente el mundo. Su fortísima fe en Dios, infinitamente paciente y rico en misericordia con sus criaturas, le llevó a alentar nuestro amor y agradecimiento al trabajar como cooperadores libres en la Redención.

En aquella homilía, titulada «El gran desconocido» [el Espíritu Santo] (*Es Cristo que pasa*, 129), había dicho: «Son muchos los que aún no conocen al Señor» y «muchos también los que viven como si no lo conocieran». A esta dura realidad –palmaria al mirar a las muchedumbres de los países de Oriente– se refirió el Santo Padre Juan Pablo II en el Sínodo de Obispos de Asia, en noviembre pasado: «La Iglesia en Asia no debe llevar al desaliento, pues la eficacia de la evangelización no depende de los números». Y comentaba: «Después de Pentecostés, los apóstoles y un número limitado de discípulos fueron enviados a predicar el Evangelio al mundo entero». Concluía: «Cristo nos enseñó que lo pequeño y escondido a los ojos de los hombres, puede obtener resultados inesperados, gracias a la intervención omnipotente de Dios».<sup>1</sup>

Los creyentes, aún siendo casi nada en el hormiguero humano, hemos visto ya resultados inesperados por obra de la omnipotencia divina. La eficacia «no depende de los números». Una frase puede transformar una vida, y una sola vida puede transformar una sociedad. San Josemaría recordó que un pellizco de levadura fermenta toda la masa. En el mundo de la comunicación, cada día más global, la eficacia de la letra impresa en viejos o nuevos soportes, tampoco depende de los números: surge del espíritu, que no tiene ni años ni tamaños. Esa alma depende del Espíritu Santo. Y sabemos, también, que una sola alma vale más que el Cosmos entero.

Cada profesión tiene sus leyes, y el trabajo de los comunicadores exige pelear por la difusión, la tirada, la audiencia. Pero tal proyección no contradice ni la fe, ni el realismo de reconocerse gota de agua en el océano –la humildad es la verdad– o insignificante levadura, porque, si es levadura de verdad, fermentará la masa.

¿Cuándo? De nuevo la prosaica realidad de nuevas guerras, odios y crueldades en todos los continentes, parecen mostrar el fracaso del «amaos los

---

<sup>1</sup> Discurso de Juan Pablo II al Consejo Postsinodal de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos para la Asamblea Especial para Asia, 19 de noviembre de 2004.

unos a los otros». El Papa manifestaba a los obispos de Asia su preocupación por «Tierra Santa, corazón del cristianismo y amada por todos los hijos de Abraham». Frente al «que todos sean uno», la Basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén es la trágica imagen de la desunión. Jesús dijo: «El que no recoge conmigo, desparrama» (Lc XI, 23). Y existen obispos, sacerdotes y comunidades que desparraman dando la espalda al Vicario de Cristo. Grandes cadenas de comunicación y políticos desparraman con doctrinas laicistas y programas antihumanos. La ignorancia y la inclinación al mal llevan a millones de personas a alejarse de Dios.

Se podría prolongar el tenebroso listado, que, sin fe, resulta desalentador por catastrofista. Pero las cosas no son lo que parecen. Iluminando esas tinieblas resuenan las palabras de Jesús: «Yo he vencido al mundo» (Jn XVI, 33). Y escuchamos como verdad esperanzadora aquel «me compadezco de la muchedumbre» (Mt XV, 32). Sabemos que la película termina bien. ¿Cuándo? San Pablo explicó a los romanos que nos encontramos ante un misterio (Rom XI, 25-36). No atisbamos ni cuándo ni cómo, pero al final todos los pueblos se convertirán, según expresó el Concilio Vaticano II: «Juntamente con los Profetas y el mismo Apóstol, la Iglesia espera el día, conocido sólo por Dios, en que todos los pueblos con una sola voz invocarán al Señor y 'le servirán bajo un mismo yugo' (Sof III, 9)»<sup>1</sup>. «En su nombre [el del Mesías] pondrán las naciones su esperanza» (Mt XII, 21), dijo el Señor citando al profeta Isaías.

La fe nos asegura, también a los comunicadores, que la Redención se está haciendo. El Bien está venciendo al Mal. Es el Espíritu actuando en las almas, el silencioso obrar de Dios a través de la libertad-responsabilidad de millones de personas de alma cristiana.

Puede saltar la queja: pero es que la progresión del bien ¡es tan lenta!, y al cabo de dos mil años ¡sigue habiendo tanto mal!... También el Apóstol de los gentiles, Pablo, supo responder a tal protesta: «¡Hombre, quién eres tú para contradecir a Dios! ¿Acaso le dice la vasija al que la ha moldeado: 'Por qué me hiciste así?'» (Rom IX, 20).

Se lee en las Sagradas Escrituras que para Yahvé «mil años son como un día», por tanto es como si desde el nacimiento del Redentor hasta ahora hubieran transcurrido solamente dos días. ¿Quién puede corregir a Dios y dictarle qué ritmo debe seguir en su obra redentora? La misión del bautizado es ganarse el pan con el sudor de la frente, crecer y multiplicarse, extender el Reino de Cristo

<sup>1</sup> Enc. *Nostra aetate*, 4.

por todo el mundo y, con todo esto, dar gloria a Dios. Y hacerse niños, lo cual es muy serio. Jesús enseñó: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos». Añadió: «De los que son como ellos es el Reino de los Cielos» y «quien no reciba el Reino de Dios como un niño no entrará en él» (Mt XIX, 14).

Los niños son sencillos y viven al día, según aconsejó Jesús: «No os preocupéis por el mañana, porque el mañana traerá su propia preocupación» (Mt VI, 34). Lo nuestro es esparcir letra impresa, hoy y ahora; como decía San Josemaría, «sembrar a boleo», sin pretender el control del cuándo y el cómo de los resultados. Con nuestro trabajo, los periodistas y demás comunicadores podemos extender el Reino de Dios, que es –explicó el Señor en su parábola– «como un hombre que echa la semilla en tierra, y, duerma o vele noche y día, la semilla nace y crece, sin que él sepa cómo» (Mc IV, 27).

Podemos concluir que no es necesario saber cómo envolveremos el mundo en letra impresa. Sólo es preciso cooperar libremente, «con amor y agradecimiento», en la obra del Redentor. Tenemos la certeza de San Josemaría: Jesucristo «no ha fracasado: su doctrina y su vida están fecundando continuamente el mundo. La redención, por Él realizada, es suficiente y sobreabundante (...) No se ha hecho más corta la mano de Dios (...) La fe nos recuerda que el Señor obra constantemente» (*Es Cristo que pasa*, 129).

Es Él quien envuelve, no nosotros.

reflexivo y resolutivo; intelectual y práctico. Las cualidades que Dios y la naturaleza suelen repartir de modo desigual. Algo semejante observamos en lo lingüístico. La lengua de Escrivá es muy bella desde el punto de vista literario y al mismo tiempo, muy clara; podría asemejarse al lenguaje de un periodista especialmente culto o al de un intelectual muy hábil en la divulgación. Proyendo en estas páginas resaltar algún aspecto de la formación literaria que subyace en la capacidad comunicativa de San Josemaría, en concreto, en la influencia de Miguel de Cervantes en Escrivá.

El castellano de San Josemaría está acrisolado en los mejores autores del Siglo de Oro español y, de entre ellos, de un modo especial, en Cervantes: «el primer literato de Castilla», como le denominó San Josemaría en alguna ocasión. Este especial aprecio de Escrivá a Cervantes y el hecho de que estamos a punto de celebrar el cuarto centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* (enero del 2005) pueden bien justificar este artículo.

<sup>1</sup> Javier Echevarría, *Monito al San Josemaría*, Madrid, Rialp, p. 297.